



απόστοι

Publicación al servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia

Cristo Resucitado y nuestra participación en El por el Bautismo

Según la teología de San Pablo

Bautismo: RECREADOS EN CRISTO

La reconciliación realizada por Cristo produjo una unión nueva del hombre con Dios. Pablo la llama "nueva creación" (Gál 6,15; 2Cor 5,17) porque introdujo una nueva forma de existencia en el mundo del hombre, por la que Cristo y el cristiano moran uno en el otro (Jn 14,23).



El hombre participa de esta existencia nueva por la fe y el bautismo, que realizan su incorporación a Cristo y a la Iglesia; tal incorporación encuentra su peculiar consumación en la eucaristía.

Jesucristo resucitado ejerce un ministerio fundamental en y por medio de los sacramentos. Siempre que se administra un sacramento, Cristo resucitado se halla personal y efectivamente presente.

Al considerar los sacramentos como en-

cuentos personales con Cristo la teología paulina se beneficia de la experiencia espiritual del Apóstol. A las puertas de Damasco, Pablo fue repentinamente asido por Cristo (1Cor 15,8), arrancado a un mundo religioso y lanzado bruscamente a una vida nueva, que representaba una inversión total de los valores, una nueva creación, operada en él como en todo cristiano, por Cristo Jesús.

Para describir esta transfiguración que se opera por la fe y el bautismo, Pablo recurre preferentemente a imágenes antitéti-



cas: los dos Adanes, tinieblas-luz, vida-muerte, carne-espíritu.

El bautismo constituye la frontera entre dos edades, entre dos mundos que se enfrentan y se oponen.

La simbólica paulina traduce esta dialéctica espiritual por la imagen del baño que purifica, de la sepultura mística, muerte al hombre viejo y regeneración del hombre nuevo, arrancamiento de las tinieblas e iluminación en el Se-

Bautismo: Participación en Cristo crucificado y resucitado

ñor.

El bautismo es ese acontecimiento único de la vida de un hombre que permite participar de ese único suceso o hecho trascendental que constituye para la historia de la humanidad la muerte y resurrección de Cristo.

El pensamiento primitivo conocía ya la existencia de un vínculo entre el bautismo y la muerte y resurrección de Jesús. La doctrina de Pablo identifica al cristiano con la muerte, sepultura y resurrección de Cristo por el bautismo, como una participación no solamente moral, sino real, no solamente espiritual sino ontológica en esos episodios claves de la vida del Señor.

"Por el bautismo hemos sido sepultados con Él en la muerte,

- escribe San Pablo - para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, igual nosotros andemos en una vida nueva. Pues si estamos injertados con Él por la semejanza de su muerte, también lo estaremos por la de su resurrección" (Rom 6,4-5).

La muerte y la resurrección intervienen, tanto una como otra, en la obra salvífica. Pero su papel respectivo es diferente.

Cristo murió; unidos a Él, nosotros también hemos muerto a la vida de la carne replegada sobre sí misma (2 Cor 5,15-17), a la ley y al pecado (Gál 2,19; Rom 6,6.10). Identificado con Cristo en su resurrección, el cristiano participa en una vida nueva y de la

misma vitalidad del Cristo resucitado y de su Espíritu (1Cor 6,17; Col 2,12-13). Nace un hombre nuevo (Ef 2,15), que es "una creación nueva" (Gál 6,15; 2Cor 5,17).

Es el comienzo de una existencia "celestial" nueva con Cristo: "Estando nosotros muertos por los pecados, nos hizo revivir junto con Cristo -por gracia habéis sido salvados- y con Él nos ha resucitado y nos ha sentado en los cielos con Cristo Jesús" (Ef 2,5-6).

La Vida nueva se halla por tanto vinculada a la resurrección de Cristo, la una no puede evocarse sin la otra. Nuestra muerte se sitúa a la par con la muerte de Cristo, con la vida nueva hay que mencionar también la resu-

rrECCIÓN.

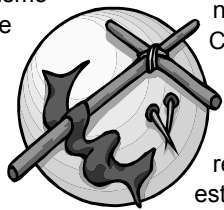
El bautismo es la pascua del cristiano. Por él, los cristianos pasan por una muerte semejante a la de Cristo, que es muerte al pecado y liberación del mal. Son injertados en El y forman con El "un mismo ser".

De suerte que lo que se llevó a cabo de una manera cruenta en el cuerpo de Cristo crucificado, se realiza sacramentalmente en el cristiano. Se ha hecho participante, se integra en Cristo en el misterio de su muerte y le entrega su mismo ser. Dicho de otro modo: lo que ha tenido lugar en Cristo se ha hecho para Él una realidad.

Dios en virtud del principio de sustitución, acepta que la carne de Cristo inocente mue-



ra en lugar y sustitución de las otras. Ahora bastará a los hombres unirse a esta acción liberadora por medio del bautismo. La muerte del bautismo no viene a yuxtaponerse a la de Cristo en la Cruz: el hombre viejo y el cuerpo del pecado mueren en el bautismo porque ya murieron en Cristo en el calvario.



Dios no borra primero el pecado para justificar después; la salvación es una realidad indivisa, y un acto único. En un mismo movimiento, una misma acción, un drama único, muere "el cuerpo de pecado", es enterrado el cuerpo heredado de Adán, destruido en la cruz, y resucita el hombre nuevo en una existencia nueva. Los bautizados ya no viven para lo sucesivo en Adán, sino que están incorporados a Cristo, el Adán nuevo, como criaturas nuevas.

San Pablo profesa que, tanto la muerte de Cristo como su resurrección,

actúan en el fiel por la comunión de éste con Cristo glorioso; el beneficio de la muerte -a remisión de los pecados- recae sobre él en esta comunión. Ahí es donde nos alcanza la redención (Rom 3,24; 1Cor 1,30; Col 1,14) y donde logramos la salvación (cf. 2Tim 2,10); ése es el lugar donde se comunica la justicia de Dios (2Cor 5,21; Gál 2,17). Así pues, la fórmula "en Cristo" se refiere siempre a una comunión con Cristo glorioso.

Al ser limpiados espiritualmente del pecado y ser vivificados para Dios en el momento del bautismo, los cristianos individualmente entendidos constituyen un único

cuerpo con Cristo resucitado (1Cor 12,12-13) y son injertados en la vida del Hijo de Dios glorificado.

Cristo vive para Dios porque su humanidad está vivificada por el Espíritu, que es el principio vital del mundo de Dios. Por el bautismo el creyente pertenece ya a ese mundo, y aunque aún camina aquí abajo, debido al don que ha recibido no pertenece ya al mundo del pecado.

Su participación en la pascua de Cristo le sitúa en una relación existencial nueva con su Creador. Ya no vive más para el pecado, para la carne o, por emplear las palabras de 2Cor 5,15, "no vive ya para sí mismo, sino para Aquel que murió y resucitó por él". En adelante ya no pondrá su esperanza en las realidades de este mundo, porque desde ahora es para Dios, "viviendo para Dios en Cristo Jesús".

Los cristianos son, pues, introducidos en una nueva vida mediante el bautismo. Pero se habrá de tener en cuenta que Pablo no dice que ellos participen de la resurrección de Cristo. Esta participación total sólo tendrá lugar mediante la resurrección del cuerpo.

En esta existencia presente no se nos comunica más que el germen, la semilla de la vida; ésta debe ir desarrollándose en el cristiano y encamiñándose hacia su resurrección.

El fin primario del bautismo es comunicar la vida divina. Se trata de la participación en la vida trinitaria, de filiación a la manera de Cristo. En el bautismo de Cristo descende sobre Él el Espíritu Santo y se oye la voz del Padre reveladora: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias" (Mt



Filiación divina: Participación en la vida trinitaria

3, 16-17). Es la expresión de lo que sucede en los demás bautizados.

Es San Pablo quien enseña que la condición de cristianos, como "hijos de Dios por la fe", se debe a su bautismo "en Cristo" (Gál 3, 26-27).

En el bautismo el Obispo dice: «"En el nombre del Padre", recordando así las palabras del Padre: "Este es mi hijo muy querido en quien tengo puestas mis complacencias". Comprende pues, esto como referido a la adopción filial que te ha sido dada. Luego dice: "En el nombre del Hijo", tú entendiéndolo de Aquel que se hallaba presente en el que fue bautizado, es decir: Jesucristo y reconoce que Él es para ti causa de la adopción filial. Finalmente dice: "En el nombre del Espíritu Santo", entonces recuerda que

Aquel que descendió en forma de paloma y permaneció sobre Jesús; y espera, tú también la confirmación de la adopción filial, porque "los que son conducidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios". Por la invocación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo reciben la gracia de la adopción filial, y entonces salen del agua. Han recibido el bautismo, el segundo nacimiento. Por tu inmersión en el agua has cumplido el decreto de sepultura, y al salir del agua has recibido un signo de la resurrección. Has nacido y te has transformado totalmente.»

Cristo es la revelación plena del amor del Padre que se

entrega, en Él, a los hombres. Y es por medio del bautismo cómo los hombres encuentran esa salvación que les confiere la vida de filiación.

Según la carta a los Gálatas, el Espíritu Santo transmite a los hombres el don de la adopción de los hijos de Dios, estimulándoles a la oración propia del Hijo. "La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama "¡Abba, Padre!" (Gál 4,6). El hace resonar en los corazones de los cristianos la oración que Jesús mismo dirigía al Padre con amor filial. El Espíritu Santo es Aquel que hace hijos adoptivos y de la capacidad de la adopción filial.

El cristiano bautizado es

"templo del Espíritu Santo" (1Cor 6,19) e hijo adoptivo del Padre en virtud del Espíritu que ha recibido (Gál 4,6). El bautismo es un "baño de nacimiento nuevo en el Espíritu Santo" (Tit 3,5). Este es el principio constitutivo de la filiación adoptiva y la fuente de energía de la vida y conducta del cristiano.

El fiel es sumergido y santificado en el Espíritu en comunión con Cristo. El bautismo hace de él una sola cosa con Cristo (Rom 6,5), lo reviste de Cristo (Gál 3,27), lo anexiona a su cuerpo (1Cor 12,13). El Espíritu santifica cristificando."

Su nueva vida significa existir "en" Cristo resucitado, la figura inclusiva en la que los creyentes se saben incorporados (Rom 8,1; Rom 16,7; 1Cor 15,22; Flp 3,8). El Espíritu



hace "ser en Cristo"; hijos en el Hijo. Con esta expresión el Apóstol manifiesta una relación profunda y personal entre los bautizados y el Resucitado. Quien está "en Cristo" se encuentra bajo su influjo vital y transformante que hace de él una "criatura nueva" (2Cor

5,17), en posesión ya, en su ser profundo, de la vida de resurrección que es la vida misma de Cristo.

El bautismo tiene una característica connotación eclesial: es el sacramento que nos une en un solo cuerpo. No se trata

de una experiencia exclusivamente individual del cristiano, ya que por el bautismo se establece una vinculación especial entre todos los cristianos. Así reflexionaba Pablo: "Porque en un solo Espíritu también hemos sido bautizados todos nosotros para ser un solo cuerpo, tanto

judíos como griegos, tanto esclavos como libres" (1Cor 12,13; Gál 3,28, Ef 2,15).

Es el principio que Pablo pone en la base de una serie de afirmaciones fundamentales sobre la unidad del Cuerpo Místico de Cristo. Por consi-

Bautizados para ser un solo cuerpo

guiente, el hombre alcanza la salvación por su identificación con una comunidad salvífica, por su incorporación al "cuerpo de Cristo".

En esa profunda unidad constituida por tantas causas unificadoras, el bautismo es la realidad inicial y permanente que garantiza esta cohesión eclesial: "Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo" (Ef

4,4-5). En el único bautismo todos los cristianos se sienten unidos en el único Cuerpo eclesial.

Así, el bautizado participa de una nueva forma de ser que lo impulsa a compartir la misión salvífica de Dios en la historia. La gracia bautismal capacita a los cristianos a ser, para los demás, sacramentos de la invencible justicia ganada por Jesús glorificado. Al ser bautizados en la resurrección de Cristo crucificado, los cristia-

nos necesitan en consecuencia trasladar la renovación interior, garantizada por el sacramento, a la acción social en favor de toda la humanidad.

El cristiano es iluminado en la mente y el corazón para entrar en el conocimiento de los misterios, que le son plenamente revelados sólo en el momento en que se convierte en un bautizado. Por tanto está llamado a la sabiduría que el Espíritu comu-

nica y a la contemplación de las cosas divinas, a la oración filial y a la experiencia sobrenatural de los misterios.

El creyente es un hombre en busca de "un conocimiento": "Pero en otro tiempo, cuando no conocíais a Dios, servíais a los que en realidad no son dioses. Mas, ahora que habéis conocido a Dios, o mejor, que El os ha conocido, ¿cómo retornáis a esos ele-

La vida nueva del cristiano

mentos sin fuerza ni valor, a los cuales queréis volver a servir de nuevo?" (Gal 4, 8-9).

El Apóstol presenta ese conocimiento como el fin y el objeto de la renovación de todo bautizado, aquello a lo cual tiende. En otros términos, ese conocimiento es lo que da una orientación, un sentido a su vida de cristiano. El cristiano es introducido en una novedad de vida a la que debe conformar su obrar, su conducta.

El conocimiento no es otra cosa ni tiene otro objeto que la voluntad de Dios

(Col 1,9-10).

Al decir que Cristo proporciona ese conocimiento del misterio de Dios, se quiere manifestar que al encontrarse con Cristo, el hombre experimenta el amor que Dios le tiene (Ef 2,4).

Al unirse la persona a Cristo y participar de su vida por el bautismo es cuando su destino encuentra su sentido, ese sentido que Dios le ha dado en su amor. Este conocimiento no debe concebirse como un saber de Dios; tiene significación existencial para el hombre; exige de él una entrega personal a Dios, que le llama en Cristo Jesús (Ef 1,18), en el cual se le da Dios y le colma de toda su plenitud (Ef 3,19).

"Conocer a Dios no es otra cosa que dejarse conocer por El (Gal 4,8), integrarse en su voluntad amorosa revelada en Jesús. Es dejarse transformar por El, entregarle todo su ser. Adhiriéndose a Cristo uno se conforma totalmente a Dios, se

hace propia la voluntad divina, se la constituye en polo de su vida."

Estos rasgos esenciales de la teología paulina permiten adentrarse en la rica teología de la vida cristiana que se refiere al bautismo como el momento inicial, pero permanente, de la comunión con Cristo y de la participación en la vida en el Espíritu, en la condición de la filiación divina y en la comunión en el mismo Cuerpo eclesial.

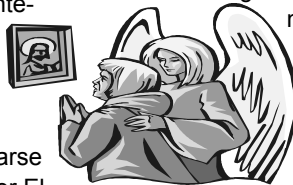
De esta iniciación bautismal surgen los compromisos de vida nueva en el imperativo paulino: ¡sed lo que soís! Estos compromisos tienen siempre en el bautismo su causa inicial, vivir por la fuerza del bautismo y su ejemplaridad permanente; vivir según la lógica del bautismo, que es el dina-



mismo pascual en comunión con Cristo.

Cristo Resucitado se ha constituido, desde el comienzo, en el fundamento de la fe y el contenido esencial de la predicación. En El se separa el mundo viejo del nuevo, creado en y por El; es el "antes" y el "después" de la historia humana. Cristo glorioso es el lugar existencial donde los hombres alcanzan la redención y son regeneradas como criaturas nuevas.

En la vida de Saulo irrumpió Cristo Resucitado revelándose y llamándolo a la misión de anunciarlo a los gentiles. Esta experiencia transforma radicalmente la existencia de Pablo y lo hace un hombre nuevo porque graba vivencialmente en él lo que ha ocurrido a nivel



universal por la resurrección de Jesucristo. Su conocimiento del Resucitado lo lanza definitivamente a vivir para El como único absoluto orientando su vida al anuncio del Cristo que había conocido, el Hijo de Dios, Crea-

Conclusión

dor de una nueva humanidad.

Es así que el evangelio de Pablo, su predicación, es la del Crucificado resucitado, que en su muerte y resurrección nos salva; la del Hijo de Dios constituido por la resurrección; la del Nuevo Adán, principio de la nueva humanidad; la de Cristo, Espíritu vivificante, ser fuente que se realiza comunicando nueva vida a la humanidad.

Pablo predica que por el bautismo participamos realmente de la muerte y resurrección de Cristo y nos hacemos beneficiarios de los frutos de la resurrección: un vencimiento definitivo del pecado y la muerte y una vida nueva de hijos del Padre para construir en comunidad el Reino de Dios.



Pablo, el Apóstol de los gentiles, exclamaba con dramatismo: "Ay de mí si no predicara el Evangelio" (1 Cor 9,16), porque no podía dejar de anunciar a Aquel que se le había revelado y le urgía desde dentro. Y movido por este impulso del Espíritu quería llegar con su evangelización "hasta los confines de la tierra".

Ante los desafíos del mundo contemporáneo cabe preguntarse cómo emprender esa evangelización "nueva en su ardor, sus métodos y en sus formas" que nos propuso el Papa Juan Pablo II: "una nueva evangelización, tiene en primer lugar que dejarse inflamar nuevamente por el Cristo de San Pablo; de-

pende de esta experiencia central: encontrar a Dios en Cristo de un modo vivo. Ningún esfuerzo intelectual, por muy sutil que sea, podrá crear nuevas formas culturales del cristianismo si éstas no surgen de la fuerza liberadora del encuentro con El, bajo cuya luz se manifiesta lo que es "polvo" y lo que es "perla", por la que merece venderlo todo".

Hoy en la Iglesia se vive una primavera de vida cristiana en la cual son muchos los cristianos que, a través de diversos carismas del Espíritu, recuperan la plena conciencia de la vida cristiana enraizada en el bautismo, como encuentro con Cristo Resucitado vivo y presente en medio de la humanidad. La llamada universal a la santidad, el apostolado de los laicos, los nuevos testimonios de martirio por la fe, la renovación de la oración, los compromisos de vida evangélica y de la espiritualidad comunitaria, son algunas de las muchas expresiones de la vida bautismal. Esta deja de ser un peso moralista o una costumbre sociológica, para convertirse en un relanzamiento de novedad evangélica y camino de santidad cristiana

La predicación cristiana debe volver a proponer la participación, no sólo en la experiencia cuaresmal de conversión y purificación, sino también en la experiencia pascual de comunión y glorificación con Cristo Resucitado. Es la experiencia de quien quiere recorrer el camino de los apóstoles y primeros discípulos, que pasaron por la desilusión y desconsuelo de la pasión y muerte a la alegría desbordante del encuentro con el Resucitado. En una "cultura de muerte", la espiritualidad pascual es una invitación a los cristianos contemporáneos a hacerse expertos en resucitar al hombre en la comunión con Dios en Cristo

Resucitado donde se encuentra la felicidad.

ENCUENTRO CON CRISTO

RESUCITADO DE SAN PABLO

La teología de Pablo se vio influida, sobre todo, por la experiencia que tuvo en el camino de Damasco y por la fe en Cristo Resucitado, como Hijo de Dios, que creció a partir de esa experiencia. El mismo Pablo habla de esta experiencia como una revelación del Hijo que le ha concedido el Padre (Gál 1,16). En ella "vio a Jesús el Señor" (1 Cor 9,1; cf. 1 Cor 15,8; 2 Cor 4,6 y 2 Cor 9,5). Aquella revelación fue un acontecimiento que hizo de Pablo, el fariseo, no sólo el apóstol, sino también el primer teólogo cristiano.

Para Pablo hay un "an-tes" y un "después" que se contraponen frontalmente: el primero dentro de las tinieblas, el otro en la luz esplendorosa. El eje que parte la historia en dos explica la ruptura que se ha dado en su vida. Pablo no está sujeto, por ejemplo, a una determinada "mentalidad de convertido", que no permite ver ningún aspecto bueno en el propio pasado y que lo convierte en injusto. Por el contrario, Dios opera en él transformándolo, como ha hecho a gran escala en la historia de la humanidad y para todos los hombres. Eso es algo que Pablo no puede expresar adecuadamente con palabras: "De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Lo viejo pasó, ha empezado lo nuevo" (2 Cor 5,17b).

BIBLIOGRAFIA

- J. A. FITZMYER sj, *Teología de San Pablo*.
- JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*.
- A. Hamman, *El Bautismo y la Confirmación*.
- B. Rey, *Creados en Cristo Jesús. La nueva creación según San Pablo*.
- F. X. Durrwell, *La Resurrección de Jesús, Misterio de salvación*.
- *Comentario Bíblico "San Jerónimo" Tomo V*.
- JUAN PABLO II, *La acción personal del Espíritu Santo según la doctrina de San Pablo*.
- G. Eichholz, *El Evangelio de Pablo. Esbozo de la teología paulina*